

recido, corrió Herminia á la puerta por donde lo habia visto salir, y allí se detuvo un momento hasta que las pisadas del ilustre Lord se perdieron en la bóveda de la escalera interior que subia al piso principal del palacio. Entónces cerró la puerta, asegurándola por medio del pasador, y atravesando la estancia con pasos majestuosos que marcaban con riguroso compas la graciosa cadencia de sus movimientos, se dirigió al extremo opuesto murmurando entre dientes :

—Vamos á ver si las paredes oyen.

Allí aplicó la mejilla al papel aterciopeado de que estaban vestidas las paredes, y dijo con voz apagada pero penetrante :

—¿Habeis oido?

El muro recogió estas palabras, y una voz interior, semejante á un soplo, contestó :

—Sí.

---

## CAPÍTULO II.

La primera escaramuza.

Inmediatamente despues que la pared interrogada contestó *sí*, apartó Herminia un sillón que ocupaba aquel ángulo de la pieza, oprimió con su dedo sonrosado el botón amarillo de una de las flores que matizaban el papel de las paredes; el muro se estremeció crujiendo interiormente, y se abrió de pronto.

—Salid, dijo la jóven, y una sombra apareció en el umbral, haciendo retroceder á Herminia, asustada al verla dibujarse en la oscuridad del hueco que formaba la puerta.

—¡Caballero! exclamó, comprendo muy bien que habréis pasado una noche horrible encerrado en esa pequeña pieza estrecha como un ataúd y oscura como un sepulcro,

que Mari ha destinado á ropero. Mas ¡Dios mío! vuestra palidez es extremada, el desórden de vuestro semblante me aterra.....

En efecto, no era Lanuza, era más bien el cadáver de Lanuza el que asomaba por la puerta.

—Señora, contestó adelantándose, el desórden que advertís en mi semblante no es más que indicio del desórden de mis ideas. Durante la noche he temblado por vos. A cada instante temia ver abrir la puerta que me ocultaba, sin que yo hubiera podido impedirlo, y me estremecía pensando la desgracia que podía ocasionaros mi presencia. Despues percibí los primeros rayos del dia, cuyo vago resplandor penetraba débilmente en mi escondite, luégo oí vuestra voz, y me pareció tan tranquila y tan serena, que mis temores de ser descubierto empezaron á disiparse. Os oí despedir á vuestra doncella haciéndole entender que deseabais estar sola, y esperé con ansiedad indecible el instante de volver á veros, es decir, el momento de libraros de mi presencia. Me pareció sentir vuestra mano sobre la pared buscando el

boton que abre esta puerta y respiré; mas la puerta permaneció inmóvil, y llegó distintamente á mis oidos la voz de Lord Walbrook.....

Herminia lo interrumpió diciéndole:

—Sentaos, os veo muy conmovido, adivino la causa y os lo agradezco. Por mi parte, no he podido ántes sacaros de vuestro escondite. Desde el suceso de anoche este es el primer momento que me dejan sola. Por lo demas, tranquilizaos; nuestra situacion es bastante difícil, pero vos me ayudaréis á discurrir un medio seguro para salir de este apurado caso.

Dicho esto, hizo sentar á Miguel. Tomó agua de la cafetera, que mantenia caliente el fuego de la chimenea, y le sirvió una taza de té diciendo:

—No es un gran alimento, pero os veo tan agitado que no me atrevo á mandar que os sirvan el almuerzo.

—¡Señora! exclamó Lanuza.....

—No os asusteis, añadió ella, podréis almorzar sin ser visto; pero miéntras tanto tomad esa taza de té y aguzad el entendimien-

to, porque ya veis, no es posible que os resignéis á ser perpétuamente mi huésped. Y os vuelvo á preguntar : ¿ Habéis oído á Lord Walbrook?

— Sí, contestó Miguel, lo he oído todo.

— En ese caso sabréis que es imposible burlar la vigilancia que desde esta noche va á establecer al rededor del palacio. Vuestra salida va á ser más difícil de noche que de día, y de día es imposible que salgais sin ser visto.

Miguel contestó :

— Ni siquiera puedo hacerlos el sacrificio de mi vida.

— Es que áun cuando pudierais, replicó Herminia, sería inútil, porque yo no aceptaría ese sacrificio.

— ¿ Qué os importa mi vida?

— Mucho.

— ¿ Por qué?

— Porque la habéis expuesto por la mía, y habéis sido bien cruel por cierto.

— ¿ Acaso no deseais vivir?

— No.

— ¡ Qué decis!

— Digo que la vida me es indiferente, como nos es indiferente el estuche despues que nos han robado la alhaja.

— Ved qué singular coincidencia, añadió Miguel; á vos os es indiferente la vida y á mí me es insoportable.

— Hé aquí, dijo Herminia queriendo sonreirse, una situacion bien original. Somos dos personas que no nos conocemos, que ignoramos hasta nuestros nombres, que nos vemos metidos por un suceso imprevisto en un callejon sin salida; que me salvais generosamente de las manos de un asesino y poneis al mismo tiempo mi honor en grave compromiso; los dos estamos desesperados, y no obstante, no podemos hacernos servir un fúnebre banquete para beber en el vino de los postres el veneno de los Borgias. Esto sería sublime, digno sin duda alguna de nosotros, pero es imposible; porque vos no querréis deshonraros ni deshonrarme, y yo no puedo consentir que caiga sobre nuestra memoria el baldon póstumo de una perpétua ignominia. Mas debemos consolarnos, pues ya no privan los espectáculos román-

ticos, pasó la moda, y nuestros cadáveres harían un efecto deplorable, nuestra sublimidad nos llevaría al más soberano ridículo.... Ay, amigo mío, es preciso vivir; doblemos la cabeza ante el rigor de nuestra suerte y vivamos.

Miguel oyó todo esto más que con sorpresa, con espanto, creyendo unas veces que en el seno de aquella mujer hermosa como un ángel se ocultaba un corazón despedazado por grandes infortunios, y pensando otras veces que detrás de aquellos ojos soberbiamente rasgados, en cuyo azul profundo brillaban los resplandores del cielo, se escondía la frialdad desconsoladora y sarcástica de un alma insensible.

En verdad, la hermosura de Herminia presentaba la suavidad apacible de las almas serenas y la dulce expresión con que se revelan á los ojos los corazones tiernos. Su belleza desmentía sus palabras; mas ya sabemos que la Providencia permite que la naturaleza deposite mortales venenos en el cáliz de las flores más bellas.

Miguel experimentaba, bajo la influencia

de la hija de Lord Walbrook, una fascinación irresistible; sentía en el alma esos escalofríos de la fiebre, que abrasan y hielan á la vez la sangre. La imagen de Herminia se repetía en el fondo de su pensamiento, como un recuerdo perdido en las misteriosas soledades de la memoria; la voz de la joven resonaba en los oídos de su alma, como un eco lejano. Tenía miedo de acercarse demasiado á ella, y no encontraba en su voluntad fuerza bastante para separar la mirada de su rostro. Se asomaba, si ustedes me permiten decirlo así, á la boca de su corazón, y lo veía oscuro y profundo como un abismo, y sentía el vértigo con que los abismos atraen á los que se empeñan en sondear sus profundas oscuridades.

En esta situación de ánimo, poco más ó ménos, se encontraba nuestro héroe delante de la bella hija de Lord Walbrook, ante la que se inclinó diciendo:

—Comprendo, señora, que soy aquí un huésped más molesto que peligroso, pues por muchas que sean las dificultades que se opongan á mi salida, y por grande que sea

en mí el temor de comprometeros, veo que os halláis bastante tranquila y envidio vuestro valor, y os lo agradezco, porque me devolveis la serenidad, que empezaba á faltarme. Me haceis notar que nuestra situacion es más cómica que dramática, pues habeis tenido la bondad de burlaros de ella en vuestras últimas palabras, llenas de ironía. Reconozco la superioridad que sobre mí ejercéis, y me resigno á desempeñar en este caso el papel subalterno que me corresponde.

—Os equivocais, replicó ella; nuestra situacion es sumamente comprometida, y puesto que mostrais cierta predileccion por las escenas fuertes, os diré que es horrible. Os anuncio que no saldremos con bien del paso en que estamos metidos. No teneis salida.

—Así veo las cosas, contestó Miguel, y si vos no haceis un milagro, convirtiéndome en sér invisible, preciso será que os resigneis á darme hospedaje por algun tiempo.

Y diciendo esto se reclinó en el sillón en que estaba sentado, con el aire del que toma posesion de su casa.

Herminia lo miró un instante y le dijo:

—Habeis adoptado el ademan, el estilo de la alta comedia, que es de muy buen efecto, y siento que no tengais espectadores, porque os aplaudirian furiosamente. Yo no puedo aceptar tan temeraria competencia, y os desafio en el terreno trágico, os miro con majestad soberana y os pregunto: ¿Qué hado fatal os ha traído cerca de este palacio? ¿En qué hora aciaga habeis penetrado en esta solitaria estancia? ¡Infeliz de mí é infeliz de vos! ¿qué terrible destino es el que nos une con invisible mano, cuando un abismo nos separa? Decidme en nombre de los dioses, ¿qué ciego impulso os arrastró al pié de la verja? ¿qué funesta generosidad os hizo penetrar hasta aquí?.....

—¡Bravo!..... exclamó Miguel.

La jóven hizo un movimiento de impaciencia y se sentó diciendo:

—Dejad los aplausos para despues y contestadme. Pero no os tomeis esa molestia; yo os lo diré. El palacio de Lord Walbrook encerraba un secreto..... un secreto que debia ser muy interesante, puesto que era muy

difícil averiguarlo. ¡Quién sabe lo que se puede ocultar en una berlina tenazmente cerrada!..... Semejante capricho tiene el grave inconveniente de atraerse las vivas miradas de la curiosidad. Todos desean penetrar el secreto, pero Lord Walbrook permanece mudo, el palacio inaccesible y la berlina continúa siempre cerrada. Yo comprendo que esto debía ser insoportable, y que la impaciencia pública dedicaría su actividad á buscar en las suposiciones la clave del enigma. Vos sois un jóven brillante, honor de la sociedad en que vivis. Gozais la celebridad de vuestra fortuna, sobre todo de vuestra fortuna con las mujeres, pues yo creo, perdonad mi ingenuidad, que en este punto habeis de ser muy afortunado. No bajeis los ojos con inútil modestia, llevais en el semblante la satisfaccion de vuestras conquistas. Vivis con opulencia, amais con inconstancia y poseeis un hermoso caballo. Os he visto manejarlo con destreza. Pero esto sin duda no bastaba á vuestra gloria, acaso os encontrabais descontento de vos mismo y deseabais una ocasion propicia en que pudierais

renovar vuestra celebridad, cuando hé aquí que el secreto de Lord Walbrook se os ofrece como una empresa digna de vos. No me interrumpais, yo rectificaré. Acaso no pensasteis en semejante cosa, convengo en ello; pero no me negaréis que recibisteis con agradable sorpresa la inesperada noticia de que no estaban para vos cerradas las puertas del palacio de Lord Walbrook. Vinisteis con Sir Packet y nada pudisteis averiguar. Visteis una sombra y un retrato; hé ahí todo lo que sacasteis de vuestra visita. Mas esa sombra y ese retrato avivaron vuestra curiosidad. Descubrir el secreto de Lord Walbrook era elevaros á una altura incommensurable, era conseguir un triunfo que os habia de proporcionar la admiracion de todos los curiosos, y os propusisteis averiguar de noche lo que no podiais penetrar de dia y, ya lo veis, habeis tenido la fortuna de conseguirlo.

— Señora, exclamó Miguel con acento de sinceridad ofendida, ¿creeis que la escena de anoche fué obra mia, empleada como supremo recurso para escalar yo mismo vuestras habitaciones?

— No, contestó la jóven, no puedo creer eso, estoy completamente segura de lo contrario. Sería en mí insensata semejante sospecha.

— Ahora, continuó Lanuza, necesito sincerarme de otro cargo que me habeis dirigido, confundiéndome con el tropel de curiosos empeñados en inquirir el secreto de la berlina misteriosa. Os juro que no es la curiosidad la que me ha traído muchas noches á rondar vuestras ventanas. El secreto de Lord Walbrook me fué indiferente hasta que vi vuestro retrato; entónces sentí un vivo deseo de conoceros.

— ¡ Ah! exclamó Herminia sonriendo, explicaos.

— Me explicaré, y os suplico que no heis mis palabras con el frio mortal de vuestras burlas.

— Os lo prometo.

— Pues bien, vi vuestro retrato..... y..... Herminia lo interrumpió diciendo :

— Esperad un momento, porque yo tambien tengo que hacer os una súplica. Os debo la vida, esta vida que habeis salvado con

generoso aturdimiento. Nos hallamos en una situacion bastante singular. Vos no podeis huir y yo no puedo abandonaros, y es claro que aprovecharéis la oportunidad de tan rara aventura para dejar ver los naturales impulsos de vuestro genio emprendedor. No me sorprende; en vuestro caso pocos se creerian dispensados de sentir por mí algo parecido á un amor repentino. Ya sé yo que procederéis con suma delicadeza, que os pondréis á la altura de las circunstancias, que guardaréis todas las reservas necesarias, y que haréis todas las salvedades convenientes; pero, en suma, como otro cualquiera acabaréis por hacerme entender que os he inspirado un amor eterno. Esto es indispensable en nuestra situacion; está en carácter, es muy propio del caso, y no ha de causarme admiracion ni enojo. Mas por Dios os suplico que no hableis de mi extraordinaria belleza; dispensadme de oír impertinentes alabanzas, libradme esta vez siquiera de esas lisonjas con que los hombres vulgares seducen la vanidad de las mujeres más vulgares aún. Decid que me amais, y lo oiré con tranqui-

lidad y hasta con gusto, pero no hagais la milésima edicion de mi retrato, no me martiriceis con el inventario de mis perfecciones, porque vais á aparecer á mis ojos soberanamente insoportable y completamente insulso. Ahora proseguid.

Semejante salida dejó á nuestro héroe textualmente cortado y sin retirada; era un golpe de mano que le cogia desprevenido y lo arrojaba fuera de las posiciones de su pensamiento, sin saber dónde refugiarse. Era una acometida imprevista, que introducía la confusion en sus ideas, el espanto en sus sentimientos y el desórden en sus palabras. No supo qué replicar, y se quedó mudo, atónito, estupefacto.

Era la primera mujer que veía lanzarse heroicamente contra la alabanza que iba á besar dulcemente los piés de su hermosura, anticipándose á ella y vencéndola con valor increíble. Miguel se sintió humillado, y sacando fuerzas de la flaqueza de su amor propio, inclinóse con afectada cortesía y dijo:

—Os aseguro que no pensaba ofender vuestra modestia con alabanzas impertinen-

tes. Podeis creerme, porque os juro que vuestra belleza, por admirable que sea, no ha conseguido sorprenderme por la novedad. La impresion que me ha causado se parece mucho á la que experimentamos al ver el retrato de un original conocido. Permitidme, pues, que admire vuestra belleza; pero advertid que no es vuestra belleza la que admiro, sino vuestra semejanza.

—¡Oh! exclamó la jóven llevándose la mano á la boca en ademan de contener la risa que comenzó á dibujarse en sus labios. Esto sí que es gracioso y original y sumamente nuevo. ¿Os admirais de que yo me parezca á mí misma?

—Me maravilla, contestó Miguel, que deis á mis palabras el sentido que de tal modo despierta vuestra hilaridad, pues á pesar de vuestra modestia me dejais sospechar que acaso os creéis única en el mundo.

Esparcióse en el semblante casi risueño de Herminia, una seriedad repentina, á la manera que suele oscurecerse la claridad del cielo cuando interrumpe los rayos del sol un celaje fugitivo, despues del que parece que

VI.

33844

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO